



## EL EJEMPLO DE AGUAYRO

La historia del periodismo de las islas aporta abundantes y suficientes casos de revistas que no sólo supieron sobrevivir a los embates de los tiempos duros, sino que también tuvieron la habilidad de ser cauce de expresión y testimonio de una época, como para que el ejemplo de *Aguayro* nos asombre.

Sin embargo, en los últimos años lo que ha caracterizado el panorama de las publicaciones periódicas ha sido precisamente su caducidad, su escasa capacidad de permanencia, por lo que el placer de constatar que hasta aquí hemos llegado puede decirse que es doble.

Factores económicos y sociológicos han hecho posible (o imposible la durabilidad) esta situación de carencia. La miseria cultural en cuanto a publicaciones se ha visto, pues, en parte mitigada gracias a la presencia de *Aguayro*, una revista en la que quien firma estas líneas tuvo también la suerte de hacer casi sus primeras incursiones en el mundo de la crítica literaria, del articulismo y otras audacias propias de los años juveniles (audacias de las que ni siquiera me he curado con el tiempo).

*Aguayro* ha sido siempre, pues, una revista abierta. Permeable a todo tipo de opiniones y disidencias y generosa para los que, en momentos en que aún aprendíamos los más básicos rudimentos del periodismo y las menos triviales reglas de la comunicación, según la escuela de Chicago o Bolonia, teníamos un espacio en el que aprender y escribir.

Cuando en las postrimerías de la modernidad, Madrid y Barcelona comenzaron a descubrir las excelencias de las publicaciones gratuitas —importadas, claro está, de Estados Unidos— *Aguayro* llevaba también sus buenos números a la espalda.

Y, eso sí, demostrando además que no es imprescindible el trueque económico para que un producto lleve implícita la calidad.

Revista gratuita, superviviente en un desierto de publicaciones, *Aguayro* ha tenido también el encanto de ser interdisciplinar; estimulante cajón de sastre en donde lo mismo ha cabido una reflexión sobre arqueología que una investigación histórica. Pero, junto a la aportación sesuda, en la revista nunca ha faltado la divulgación al alcance de cualquier ciudadano, haya o no haya tenido la oportunidad de adquirir una formación copiosa.

*Aguayro* ha propiciado por sobre todas las cosas el acercamiento al acervo de las islas. Sin presumir de verde, la publicación ha sido tan ecologista como las que más y ha divulgado aspectos de la flora y la fauna autóctonas y ha realizado cuidados reportajes sobre espacios naturales y entornos que constituyen una riqueza más del patrimonio insular.

También el pasado, el presente y el futuro de esta ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, desde la que se edita, han desfilado en más de una ocasión por las cuidadas páginas de *Aguayro*; allí donde

la creación literaria ha tenido con frecuencia un pequeño refugio.

Hombres y nombres que ya no están entre nosotros figuran en la nómina de colaboradores de una publicación que siempre se ha hecho gracias a la decidida vocación de personas, muchas de las cuales, por suerte, forman ya parte de la historia de la cultura moderna de estos territorios insulares.

Otro de los encantos de la publicación estriba en que, gracias a las sucesivas series aparecidas, incita a una suerte de coleccionismo que tiene sus indudables ventajas. Por fortuna, pocos de los que habitualmente la recogen o la reciben resisten la tentación de guardar un número tras otro, para encontrarse un día con que tienen una valiosa y nada incómoda hemeroteca. Privilegio que permite volver de vez en cuando la vista atrás. Repasar números antiguos de la revista equivale, casi siempre, a asomarse a nuestro pasado más reciente.

Y, sin embargo, más que un logrado ayer lo que ahora esperamos de *Aguayro* es que siga teniendo un mañana digno.

DOLORES CAMPOS-HERRERO